

sus facciones se contrajeron y se puso pálido como la muerte.

—¡Una cuaterna! ¿ha salido? ¿estáis seguras?

—Toma, mira la lista.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó al fin Leonardo con una voz desconsolada.—¡Una cuaterna!..... ¡la lotería!..... ¡Pero si no he jugado, madre!

Un triple grito se oyó.

—¡No tengas tales chanzas, muchacho!—dijo su madre medio enfadada, medio cariñosa, y con una risa forzada;—ya ves que haces mal. ¡Oh! seguramente has jugado; tú me lo has dicho. Además, ¿qué tienes guardado bajo tu capa? ¿un saco de dinero sin duda? un gran saco lleno de oro..... de billetes de Banco, ¿es verdad? Veamos, veamos; no nos hagas sufrir más tiempo. ¿Acaso no te vi entrar en casa del platero á cambiar mi moneda? Tú has añadido por tu parte..... ¿Era para jugar á la lotería?

—¡Era para comprar esto!—contestó Leonardo, cuyas facciones habían pasado del color blanco al purpurino. Y levantando su capote echó sobre la mesa un objeto cuidadosamente envuelto en un pliego grande de papel.

Aquel papel contenía una cofia para Julieta.

Aquella cofia había costado un millón.

QUINTO VIAJE.

EL INGLÉS.—METAMORFOSIS.—UN LECHO DE MUERTE.

Nuestro amigo tardó algún tiempo en reponerse de su sorpresa y aflicción, y no se consoló hasta que hubo ofrecido á su madre y á Julieta, no una compensación de lo que les había hecho perder, sino al menos alguna mejora en su condición. Para conseguir este objeto no le arredró la idea de enajenar su libertad, su libertad que le era tan querida, su vida indiferente é independiente en las calles de París, renunciando á sus lecturas, mientras estaba esperando parroquianos, ó sus conversaciones durante los viajes; dejó su cabriolé, su morada ambulante, donde no le faltaban buenos encuentros, donde con suma facilidad tenía tantas ilusiones de felicidad; separóse de su caballo, de su caballo á quien quería como un árabe al suyo; de su caballo que por espacio de ocho años no había sido cuidado por otras manos sino por la suya. Por Julieta hizo mayor sacrificio aún: consintió en no vivir bajo el mismo techo que ella y en verla pocas veces.

Un rico inglés, habiendo oído hablar del carácter honroso al par que decidido de Leonardo, de su sobriedad, de su inteligencia, le había ofrecido tomarlo á su servicio en calidad de cochero, con un salario doble del que podía ganar anualmente con su cabriolé, á cuyo salario había que añadir las ventajas de darle casa, comida y ropa. Después de haber vacilado durante algún tiempo, Leonardo aceptó al fin, siempre pensando en Julieta.

Por espacio de dos años se sometió con resignación á su nueva ocupación, que sin embargo le rebajaba algo en su propia estima, porque decía: ya no tengo parroquianos, tengo un amo, estoy sentado en un pescante, no estoy en mi casa; el carruaje tiene dos caballos, cuatro ruedas, y por más que quiera hacerme ilusiones sobre mi posición, estoy muy cerca de parecerme á un cochero de simón. La sola diferencia consiste en que conduzco un coche particular.

El tercer año especialmente le fué muy duro. Su Milord permaneció ocho meses en el campo, y hasta el invierno no pudo Leonardo ver alguna que otra vez á Julieta y á su madre.

Aquella no era ya una niña: tenía quince años, era hermosa, sus formas se habían desarrollado con suma gracia, sus ojos eran negros y lánguidos, sus maneras dulces y graves á la vez, y una especie de indolencia en toda su persona, que le daba un encanto que no podría fácilmente esperarse de la pupila de un cochero de cabriolé.

Leonardo, á quien ocho meses de ausencia ponían en estado de juzgar por comparación de la metamorfosis experimentada por la linda joven, al verla por primera vez á su vuelta, guiñó un ojo con

malicia, hizo cierto ruido extraño con la lengua, peculiar á todos sus camaradas, y después de haberla abrazado tiernamente,

—¡Caramba! señorita Julieta, ¡qué grande y qué hermosa estás!—dijo mirándola con atención;—ya has acabado tu aprendizaje de dibujo, y preveo que pronto será menester que empieces otro lajo la dirección de algún lindo joven que sea tu marido; pero este aprendizaje no es el más largo. De todos los oficios no hay uno que más pronto se aprenda ni que más tarde en olvidarse.

Y volviéndose hacia su madre, que en vano se esforzaba en hacerle comprender por señas que no continuase hablando en este tono y sobre este particular, añadió en una especie de contemplación y jugando con los dedos:

—¡Caramba! ¡caramba! ¡cuántos saludos van á llover sobre nosotros! Esto hará que estemos frescos y abanicados durante la canícula.

—¡Vamos! ¡calla!—le dijo la buena mujer, que veía que á pesar de todos sus esfuerzos, su pantomima quedaba sin comprenderse.—Díme si es conveniente venir á hablar de casamiento á una muchacha de quince años.

—Yo no hablo sino para dentro de un par de ellos—contestó Leonardo sin prestar atención á los nuevos signos telegráficos que le hacía su madre.—A los diez y siete años una muchacha es ya una mujer; su corazón empieza á hablar y algunas veces más de lo que se quiere.... Yo he conocido algunas, cuando tenía edad para ello.

Leonardo se detuvo de repente, no por las señas que su madre le hacía, sino al ver que un ligero sonrosado cubría las mejillas de Julieta.

—¡Todo eso es una tontería!—dijo la vieja.— Yo sostengo que una muchacha no debe pensar en casarse hasta la edad de veinte á veintidós años.

—Escuchadme, madre—dijo Leonardo tomando un aire de predicador;—desde la última revolución las opiniones son libres; respeto las vuestras, y hasta las de las muchachas de treinta años que aun no están casadas, lo cual no atribuyo sino á gusto especial, pero permito á la *nena* que no las siga.

—¿Yo?—dijo Julieta interviniendo tímidamente en el debate.—¡Oh! ¡Dios mío! ¡qué me importa! me casaré después, si en esto os diese gusto. Sólo hay una cosa que yo desee.

—¿Cuál?—preguntaron á la vez la madre y el hijo.

—¡No dejáros nunca ni al uno ni al otro!

Dos gruesas lágrimas brillaron en los ojos de Leonardo. Julieta, antes que él hubiese pensado en enjugarlas, estaba en sus brazos, á los que atrajo á la buena vieja, y teniéndolos á ambos abrazados, les dijo:

—¿Dónde encontraré yo corazones parecidos á los vuestros? Yo misma, ¿podré amar á nadie tanto como á vosotros? ¿A qué hablarme ya de separación? ¿No es bastante que por mí, por mi bien, hayáis estado separado de nosotras tanto tiempo, Leonardo? Cuando pueda yo ganar dinero á mi vez, cuando os sea permitido volver á vivir con nosotras como antes, ¿será acaso cuando deba pensar en dejáros?

Leonardo estaba sollozando.

Así que Julieta se alejó, le dijo su madre:

—¿Dónde te se había ido el juicio, que vienes á meterle semejantes ideas en la cabeza?

—¿Qué sé yo?—contestó Leonardo, entre enfadado y arrepentido, sentándose en la cama por sentirse fatigado con la dulce emoción que acababa de experimentar;—era solamente por decir algo.

—No es porque yo trate de dejarla cumplir la cuarta parte de un siglo sin darle un marido—continuó Mme. Toureau;—todo lo contrario. Pero ya ves, muchacho, es menester no imbuir demasiado pronto á las jóvenes en esas ideas. Algunas veces bullen sordamente, fermentan sin saberlo ellas mismas, y las vuelven locas é incapaces de corrección. Tú sabes dirigir tus caballos, hijo mío; pero en cuanto á muchachas, créeme, no entiendes nada, absolutamente nada.

—De muchachas honradas, es posible—contestó Leonardo.

Su madre continuó:

—Julieta nos es necesaria; nosotros la queremos.... tú la amas, ¿es verdad?

—¡Oh! ¡muchísimo!—exclamó el buen cochero.

—En cuanto llegue á dejarnos será un desconsuelo para ambos. Pues bien, dejadme á mi obrar, y si no contrarías mis proyectos, se casará, y antes de mucho, de aquí á dos años, como tú mismo has dicho, sin que se vea obligada á dejarnos por eso.

—¡Bah!—dijo Leonardo—¿qué medio habéis encontrado, madre? ¿á qué galan le habéis echado el ojo?

—A tí, muchacho.

—¡Cómo!..... ¡quién!..... ¿yo?..... ¿yo?.....

—Tú eres quien te casarás con ella.

—¡Vamos! ¡queréis burlaros!—exclamó Leonardo levantándose y recorriendo la sala á pasos

largos encogiéndose de hombros. ¡Casarme yo con la *nená!*..... ¡Estáis soñando, madre! ¿Me querrá ella acaso? ¿por ventura no soy demasiado viejo?

—Yo sé lo que me digo, hijo, y no estoy soñando..... Mientras que tú has estado con tu Milord en el campo, he estudiado el corazón de tu *nená*, como la llamas, y he preparado el camino; no es que yo le haya dicho nada de casamiento; pero le he hecho comprender con buen modo y á manera de conversación, todo lo que te debe y todo lo que vales. Ella está bien dispuesta, ¡vaya! ¿querrás creerlo? hasta en ese desgraciado asunto de la lotería te da la razón, diciendo que había miles y cientos á apostar que la cuaterna no saldría, y que con lo que tú hiciste estabas seguro de traer siempre alguna cosa..... pero no hablemos más de eso, porque te apesadumbras..... nosotros ya no pensamos en ello. Tanto le he dicho á Julieta, muchacho, que cuando supo que había sido ella, y su educación, y el deseo de proporciónarle una buena posición en el mundo, la causa de que hubieras hecho un servicio doble por las noches, de que hubieras consentido en renunciar á tus costumbres, á dejar á tu anciana madre, la pobre niña, no era reconocimiento lo que experimentaba, sino una adoración por tí..... ¡Si supieras cómo me ha hablado de tí con lágrimas en sus bellos ojos! ¡cómo, de día y de noche te nombra rogando á Dios! ¡Si supieras cuán bueno, cuán hermoso te encuentra! Ella no quería creer que tenías cuarenta años; es verdad que yo le dije que no contabas más que treinta y siete. En fin, este matrimonio se hará; se hará, porque es idea mía, porque yo quiero, porque después de mi muerte es menester

que haya alguien que te consuele, que te ame.

Hasta entonces Leonardo sólo había experimentado por Julieta el cariño de un padre por una hija, de un protector por su protegida. La amaba con exceso porque la había salvado, porque la había criado, porque le causaba orgullo verla tan inteligente, tan hermosa, crecer bajo su protección; porque por sí mismo, de un carácter enérgico y apasionado, sólo había derramado la superabundancia del afecto que contenía su corazón en Julieta y en su madre. Jamás había pensado en ver en ella otra cosa sino su hija, su pupila, un objeto de sus pensamientos, de sus trabajos, un ídolo formado para adorarlo, pero pura y santamente.

Después de las confianzas de su madre, Leonardo persistió aún algún tiempo en tratar como sueños los planes formados por ésta; pero á pesar suyo, cada vez que veía á Julieta, este nuevo pensamiento que le habían hecho bullir en la cabeza sin haber entrado en ella enteramente, le asaltaba con violencia y modificaba, por más que hacía, la naturaleza de sus relaciones con la linda joven. Ya no se atrevía á mirarla con una expresión demasiado viva, y apartaba los ojos de ella para hablarla; recibía sus caricias con embarazo, con turbación, y se las devolvía con timidez. Su lenguaje no era el mismo; lo despojaba de su rudeza y hasta de su franqueza ordinaria, escogiendo las palabras al dirigirse á ella. No se presentaba delante de Julieta, en su propia casa, sino después de haber cuidadosamente inspeccionado su vestido y organizado minuciosamente sus menores detalles; todo, decía, para hacer honor á su amada.

El que en otros tiempos espiaba con avidez la ocasión de pasar algunos instantes con su pupila y se apartaba de su camino para verla en la ventana, se dirigía ahora á su casa con una especie de angustia; y si dejaba escapar alguna ocasión de ir, sentía en su corazón una especie de alegría como un triunfo; pero era una alegría amarga, un triunfo doloroso.

Leonardo luchaba en vano; lo que él creía evitar, lo veía en todas partes; el pensamiento que había desechado había llegado á ser una idea fija, y lentamente, gradualmente, á pesar de sus inútiles esfuerzos, sufría poco á poco la extraña transformación del padre en amante.

Entretanto el invierno pasó sin que él quisiera confesarse á sí mismo la naturaleza de sus nuevas emociones, no atribuyendo la turbación que sentía al ver á Julieta, sino á la falta de costumbre de verla diariamente como antes. Los hábitos de familia se perdían; la ausencia había matado á la familiaridad; pero decía entre sí: no nos amamos menos por eso, que es lo esencial.

Tenía razón; él no la amaba menos, la amaba tal vez más.... pero la amaba de otro modo.

—¡Ah! caballero—me decía con una viva expresión de agonía—¿quién hubiera podido adivinar el día que luchaba en medio del río entre la madre y la hija, sin saber en favor de quién había expuesto mi vida, que tenía á la derecha á la mujer que más había amado en mi vida, y á la izquierda á la que tanto había de amar después? Sí—continuó con una voz ahogada—aquel día, cuando el objeto de mis amoríos de joven perecía á mi lado, saqué del agua mi amor de la edad madura,

mi verdadera pasión, mi desolación para toda la vida. Beatriz se vengaba de mí por medio de su hija.

En la primavera, Leonardo volvió al campo con su Milord, y dejó á París, en donde se encontraba tan mal y tan turbado, con mucho más sentimiento que la vez anterior.

El pobre hombre atribuía la causa de esta rareza á que como iba envejeciendo no le agradaba la variación de vida. Privado de la vista de Julieta durante el estío, concluyó por creer que la tranquilidad del campo, los árboles, las flores, el sol, le eran naturalmente antipáticos, y echaba de menos la gran ciudad, los altos palacios, las nieves y las nieblas y los obstáculos que impiden el paso de los carruajes en las calles.

—¡Enhorabuena!—decía—en París hay algún mérito en ser un cochero hábil; es menester abrirse paso por entre la multitud sin atropellar á nadie, ni á los niños, ni aun á los objetos expuestos al público á la puerta de las casas; es menester saber escurrirse diestramente entre un montón de piedras que amenazan romper las ruedas de vuestro carruaje y un cabriolé que se obstina en disputaros el paso; es menester escapar de los ómnibus, de los carros cargados de muebles, de los del gas portátil; evitar los andamios de las obras sin subir por las aceras, y mantenerse durante los hielos al nivel de los mejores carruajes de los Duques y Pares. ¡Allí por lo menos se ejercita uno! Allí hay lucha y placer. Se siente uno estremecer al menor movimiento, oye el ruido de las ruedas.

¡Allí está la vida! Pero aquí, en estos caminos llanos, de tierra y arena, no hay más que ir dere-

cho, sin ruido, sin obstáculos; ¡vaya! ¡oficio de ciego! Esto es gastarse, degradarse, morir de vergüenza y de tedio.

Entonces el buen Leonardo echaba de menos su cabriolé y su caballo, sus fatigas, sus camaradas, y hasta el vinillo de la barrera, al que sin embargo había renunciado.... Se volvió triste, uraño, pendenciero, hasta que un día, no pudiendo soportar más, resolvió recobrar lo que llamaba su libertad, renunciar á la casa de campo del Milord, para volver á su boardilla; dejar los magníficos caballos alemanes del inglés para conducir de nuevo una miserable jaca á la que quería aun más; pero cuando se disponía á despedirse de su amo, vinieron á advertirle que éste le llamaba para un negocio importante.

—Leonardo—le dijo éste—voy á emprender un viaje muy largo; pienso pasar á América, á Africa, al fin del mundo, ¡qué sé yo!.....

Según este preámbulo, nuestro amigo previó que la licencia que venía á pedir para marcharse se la iban á dar; ya se volvía á ver en París cerca de Julieta, y por uno de esos cambios súbitos del corazón que son más fáciles de comprender que de explicar, esta idea le hizo estremecer, no de alegría, sino de miedo. En el momento decisivo, en el momento de volver para siempre á la gran ciudad, una súbita revelación le decía que Julieta era la sola causa de su vuelta.

—Yo no puedo llevar conmigo á todas mis gentes—continuó el inglés.

—¡Sí, la amo!—se decía Leonardo en voz baja mientras el otro hablaba;—pero ella, ¿cómo ha de quererme, sino como á un padre? ¿Qué iré á ha-

cer en París? ¿Atormentarla? ¿hacerla desgraciada y sufrir mil suplicios á la vez?

—Ya comprendes—añadió su interlocutor—que en un viaje, y sobre todo en un viaje semejante, no se necesita un cochero.

—¡Qué lástima!—pensaba Leonardo;—¡tenía tan buen salario! ¿Ganaré bastante en París para poder mantener á mi madre y á Julieta con las comodidades á que las he acostumbrado, gracias á la generosidad de este buen amo á quien quería dejar? ¡Ah! ¡soy un ingrato, un egoísta!

—Pero si no necesito un cochero—continuó el inglés—me es indispensable un servidor fiel, valeroso, un hombre de confianza, en fin, que sea mi compañero más bien que mi criado, que me haga llevadero el tedio del camino, que sea depositario del dinero y lleve las cuentas; que esté á mi lado si me amenaza algún peligro. Te conozco, Leonardo; eres un hombre honrado y de corazón; necesito tu probidad y tu valor; ¿quieres venir conmigo?

Apenas pronunció estas palabras, cuando Leonardo exclamó: «¡Iré!» contentísimo de no ver cumplidos los votos que hacía pocos instantes antes; y para no perder su entusiasmo, se ocupó inmediatamente en los preparativos del viaje.

Al ir á dejar la Francia, al alejarse de ella, al desterrarse quizás para siempre, su primer cuidado fué hacer sus arreglos para que su madre pudiera tomar el importe de su salario. El Milord se encargó de ello, y aun aseguró, para el caso en que sucediera algún accidente á Leonardo, una pensión á Mme. Toureau y á su hija adoptiva.

Ya nada le quedaba que hacer á nuestro viaje-

ro, sino anunciar á aquéllas su resolución, su marcha y las ofertas generosas de su amo; pero le faltaba valor para ello, porque sabía que las pobres mujeres iban á llorar mucho al recibir esta buena noticia.

No queriendo volverlas á ver, tenía por precisión que escribirlas. Así lo hizo.

El mismo día recibió una carta de Julieta que le anunciaba que su madre estaba enferma y quería verle.

Leonardo dió á todos los diablos el Africa y la América, y aquella misma noche se puso en camino para París.

Cuando se halló en la calle del Cuadrante, su emoción fué tal, que apenas pudo reconocer la entrada de aquella callejuela que le era tan familiar; su vista se turbó, sus piernas no podían sostenerle al subir aquella escalera que había subido tantas veces, un ruido sordo vibraba en sus oídos. Habiendo llegado al cuarto piso, se puso á escuchar, y creyó oír voces y risas; tranquilizóse con esto, pensando que su madre sólo tendría una leve indisposición, y que Julieta se había alarmado sin motivo.

La puerta estaba entreabierta, empujola y entró.

La morada de la viuda Toureau se componía de dos piezas; Leonardo se encontró solo en la primera, escuchó de nuevo y ya nada oyó. Poco después una voz llegó á sus oídos, pero una voz desconocida; creyó haber equivocado el cuarto; miró alrededor de la habitación y vió que le faltaba su principal adorno, su propio retrato dibujado por Julieta.

Mientras que Leonardo permanecía así indeciso sin saber qué hacer, un hombre salió de la pieza interior; un sacerdote. Leonardo se arrojó á su aposento; su madre estaba moribunda, y aquellas voces, aquellas risas comprimidas que había oído, eran oraciones y sollozos.

Al verle, la buena vieja pareció reanimarse.

—¡Ah! ¿ya estás ahí, Leonardo? Alabado sea Dios; él es quien te envía para recompensarme, por haber pensado en él al pensar en tí; pero ya creía que sólo podía despedirme de tu imagen y no de tí.

Leonardo observó entonces que su retrato, descolgado de la pared de la primera pieza, había sido colocado al pie del lecho de la enferma, enfrente de ella. El buen hombre hizo un esfuerzo para articular algunas palabras.

—Todo lo que puedas decirme, lo sé—continuó Mme. Toureau interrumpiéndole;—déjame hablar mientras me quedan fuerzas para ello.

Después una sonrisa asomó á los labios pálidos y delgados de la enferma, y mostrándole con la mano á Julieta arrodillada y llorando en un rincón, le dijo:

—Trámela, porque tengo que hablar con ambos.

Leonardo la miró fijamente con aire de inquietud y duda.

—Haz lo que te digo, muchacho; los momentos son preciosos, y no quiero dejaros sin haber asegurado vuestra felicidad.

—¡Madre mía! ¡madre mía!—exclamó Leonardo;—pensemos en vos, en vos sola.

—¡Ah!—dijo la pobre mujer sonriendo nueva-

mente, pero con grande esfuerzo, y reconviniéndole dulcemente;—por esta vez me escucharás sin dementirme. Tú la amas, Leonardo, bien lo sé, no me equivoco; además lo he conocido; pero si no lo arreglara todo antes de morir, serías capaz de no decirle una palabra; y sin embargo, no es ella la que debe empezar.

—¡Callad, buena madre!—dijo Leonardo en voz baja arrodillándose al pie de su cama:—¡que no os oiga!

—Aunque no me oyera, querido hijo, ella comprendería lo que yo te digo en este momento, porque sabe muy bien tu *nena* cuál es el único pensamiento que me ocupa hace más de un año. Ven, hija mía, mi querida nuera.

Leonardo se estremeció á este nombre, y con aire de súplica hizo señas á su madre que no insistiera; pero ésta no hizo el menor caso y trató, aunque en vano, de sentarse en la cama.

—Ven—continuó la enferma— porque él no quiere ir á buscarte.

Julietta, pálida como la muerte y derramando un torrente de lágrimas, se acercó á la cama y se arrodilló junto á Leonardo.

Este no se había aún atrevido á mirarla; estaba temblando, y sólo dirigía la vista á su madre, temiendo leer en las facciones de Julieta un solemne mentís á la voluntad perseverante de la pobre vieja.

La moribunda tomó las manos de ambos entre las suyas y les dijo:

—Hijos míos, tan pronto como deje de existir, ambos, por cariño, de buena voluntad, seréis marido y mujer. Muchacho, sé que ella es dema-

siado joven todavía para casarse; pero dentro de un año, de dos tal vez, se hará la ceremonia. Entretanto, tú serás su padre, su amigo. Juradme, pues, que desde hoy os consideraréis como unidos el uno al otro.

Julietta fué la primera que alzando la mano exclamó:

—Lo juro.

Leonardo cogió aquella mano en un trasporte de alegría y felicidad, diciendo:

—Si, madre mía; sí, os lo juramos. Si, juro que Julieta será mi mujer, como ahora es mi hija, mi hija querida; juro hacerla feliz, reemplazaros para con ella, velar sobre ella como sobre mi hija, sobre mi bien, mi solo bien, y por toda mi vida.

En seguida, levantándose, se atrevió á mirar por primera vez á Julieta, que fijaba en él sus ojos con una mirada llena de ternura; la atrajo á sus brazos, la estrechó contra su corazón, y cuando después se volvió hacia su madre, lanzó un grito terrible.

Mientras que su hijo se entregaba á los excesos de su alegría y ventura, la pobre vieja había exhalado el último aliento.

Al acabar de contarle este nuevo capítulo de su historia, Leonardo detuvo su caballo, bajó la tapa de su cabriolé y me dijo:

—Ya estáis en vuestra casa, caballero.

—¡Ya!—le contesté yo, añadiendo como por vía de lástima:—¡Pobre Leonardo! La muerte de vuestra madre ha debido ser para vos un pesar bien grande.

—¡Oh! ¡Si no fuera más que eso!—me respondió con una mirada y un aire que parecían desafiar al

destino.—Puesto que hemos empezado, aun me queda algo que deciros. Tenemos todavía para dos largos viajes. Ya veréis que la muerte de mi madre fué tal vez el golpe menos sensible que me deparraba la suerte, porque al fin este acontecimiento debía suceder tarde ó temprano, y tengo que contaros otros cuya posibilidad vos mismo no podríais imaginar. Hasta mañana, caballero.

—Adiós, Leonardo; no dejes de venir á buscarme para llevarme al Palacio de Justicia. Adiós.

SEXTO VIAJE.

ALOJAMIENTO PARA DOS.—UN AMOR HEROICO.
 DRAMA EN CABRIOLÉ.

Al día siguiente, según teníamos convenido, Leonardo vino á buscarme por la mañana temprano para conducirme de nuevo al Palacio de Justicia, adonde mi condición de jurado debía llevarme ocho días más todavía.

No pretendo atacar la institución del Jurado, ni la de la Guardia nacional; ¡no lo quiera el cielo! pero ambas imponen duras obligaciones á muchas pobres gentes que son, á pesar suyo, malos soldados y malos jueces; los primeros durante las horas del servicio militar sienten frío, dan patadas en el suelo, meneando los hombros y las caderas, llevando la gorra de pelo con la gracia y la resignación que los muchachos de la escuela la coraza con que los exponen á la vergüenza, y piensan mucho más en el tiempo precioso que están perdiendo que en su consigna; los segundos en su silla curial, alestargados con un reposo corporal á que no están acostumbrados, narcotizados con la elocuencia vaporosa de los señores del tribunal, á la que no es-